

se en pucheros como una tierna criatura. Lloremos, pues, la pérdida de nuestro inmortal amigo, pues a nadie hizo un desaire, y sigamos nuestra carretera, que es, al fin y al cabo, el tema de nuestra crónica.

Dícese que fueron los Reyes Católicos los que, al impulsar no solamente la economía nacional, sino el cultivo de las artes, dieron a la carretera una importancia que antes no tenía. La extensión de sus conquistas, las luchas constantes con que tuvo que habérselas la Reina Isabel hasta afianzar en sus sienes la corona de Castilla, hicieron patente la necesidad de construir unos caminos amplios, factibles a todas las exigencias de la vida guerrera para que pudieran circular por ellos las mesnadas victoriosas. Antes, mucho antes, el afán de defenderse contra el inesperado enemigo que surgía sin previo aviso, por lo regular, alzó junto a aquéllas esas moles imponentes, tan seductoras a nuestra vista, que conocemos con el nombre de castillos o fortalezas. Y castillo y carretera quedan vinculados para siempre en las páginas de nuestra Historia. Pero el hombre es previsor y calcula que a esos dos elementos, tan necesarios y decorativos, les hace falta un tercer complemento: la venta o mesón que haga más llevadera la dureza de la jornada. Y frente a la grandiosidad del castillo que nos habla de hazañas feudales, de fueros extinguidos, de luchas y pasiones inconfesables, vemos agazaparse con humildad campesina las blancas paredes del mesón.

En la venta se come, se bebe, se conspira. «Azorín» dice que «posadas, mesones, hostales y ventas son una misma cosa». Pero Cervantes, Quevedo, Moratín y el Duque de Rivas, que pernoctaron en ellas, sólo nos hablan de ventas, y sitúan en su recinto la acción de sus novelas y comedias.

Suponed que estamos en una venta del siglo XVII. A la puerta de la misma ha llegado una lujosa comitiva. La componen un caballero principal, de mucho prestigio en la Corte, y su esposa, una hermosa dama, digna de un madrigal de Cetina. A la vista de tan grandes señores, el ventero se deshace en zalemas. Los fámulos, si es que los hay, van y vienen preparando aposentos y eligiendo manjares. Y es que la presencia de una dama de tan alta calidad ha turbado la calma venteril. El viejo soldado de Flandes, con tantas deudas como cicatrices, huésped inseparable del mesón, mira a los recién llegados con malsana curiosidad. Y un futuro dómine, que al percibir su fino olfato el olorcillo de las sabrosas viandas, también rumia en silencio palabras de envidia.

Pero este ambiente, tan puramente clásico, puede ser turbado en un momento imprevisto, bien porque el viejo militar tenga mal vino, o bien porque algún cliente se quiera marchar sin pagar. Entonces el desenlace adquiere caracteres dramáticos. La rica hembra, asustada al ver chocar los aceros, corre con toda la velocidad de sus piernas a refugiarse en la alcoba. Dos o tres espadas leales le tapan la retirada. Y la cosa no adquiere mayores proporciones porque una voz providencial, salida de unos pulmones de hierro, ha gritado desde la puerta: «¡Alto, bellacos, que se acerca la Inquisición!»

La amenaza, que no tiene confirmación, ha surtido efecto: las espadas vuelven a sus cintos; el rostro de la dama adquiere su lozanía habitual y el ventero se felicita por la feliz terminación del suceso.

A la mañana siguiente, cuando el alba dibuja en los cristales su sonrisa en flor, la comitiva emprende su camino, y la carretera vuelve a adquirir su perdida animación. El paisaje, que tiene cierta dulzura geórgica, recibe con fruición los primeros rayos solares. Entre la pompa pagana de las vides que empiezan a madurar, se destacan melancólicamente las bíblicas siluetas de los olivos plateados, y al fondo, sobre una leve colina cenicienta, se acurruca el pueblo bajo la vigilancia de su campanario sin cigüeñas, mientras que por las hendiduras de los blancos tapiados se deslizan, rápidos, los lagartos. Un minuto más y los ilustres viajeros se pierden en la dorada lejanía del horizonte como absorbidos por la tierra.

* * *

Perdón, ¡oh, inimitable Don Quijote!, si nuestra pluma, un tanto audaz y atrevida, se permite zanzanear vuestra memoria pintándoos como la flor y espejo de caballeros trotamundos; pero sirvaos de consuelo el saber que otros seres ilustres, también picados del mismo mal que vuesa merced, han hollado con sus sandalias o zapatos el blando polvo de las carreteras de Castilla. Tales fueron el Cid en tierras de Burgos; Santa Teresa, la inquieta, en Avila; Pizarro y Cortés, en los encinares extremeños y selvas del Perú y Méjico, respectivamente, sin olvidar al caminante anónimo que, a pie o en cabalgadura, con el espíritu abierto a todas las emociones del viaje, posee el difícil arte del buen caminar.

EMILIO REVERTER ALONSO



al mismo tiempo que patético y vigoroso. Pero son otros dos poetas los que relumbraron con especial fulgor en esta primera mitad del siglo: el judío converso don Sam Tob de Carrión, culto vate del «Mester de Clerecía» y primero de su raza que versificó en castellano, y Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita (1283?-1351). Se ignora fijamente la fecha de nacimiento, en Alcalá de Henares (o en Hita), de este ilustre discípulo de Ovidio (76), satírico-moralista y picaresco a lo popular como a lo prócer lo fué el Marqués de Santillana. El Arcipreste fué el creador de la novela picaresca e irrumpió con alegre y juguetona luz de vida en la monotonía del «Mester de clerecía».

Juan Ruiz conoció de la mano dura del insigne Arzobispo Gil de Albornoz. Ignoramos los motivos de enfrentarse el severo Arzobispo con el satírico Arcipreste, pero conocemos los efectos. Fué preso en Toledo y llevado a un convento de Guadalajara. Quizás en el camino hiciera alto en el castillo de Santorcaz. Cual su paisano Cervantes, en la cárcel se inspiró para escribir su obra maestra, que no fué una triste meditación a lo Silvio Pellico, sino una obra ovidiana: «El Libro de Buen Amor», que algunos ven como una autobiografía. El Arcipreste fué un poeta, no un historiador, pero su obra es indudable fuente para la Historia, tan interesante o más que una Crónica, por describir la parte costumbrista y humana, que el frío narrador de entonces solía ignorar. Menéndez Pelayo afirma que si nos faltara el «Libro de Buen Amor», ignoraríamos todo un aspecto de nuestra Edad Media; las Crónicas nos dicen cómo combatían nuestros padres; los fueros y los cuadernos de Cortes nos dicen cómo legislaban; sólo el Arcipreste nos cuenta cómo vivían en la casa y en el mercado, cuáles eran los manjares servidos en sus mesas, cuáles los instrumentos que tañían, cómo vestían y arreaban su persona, cómo enamoraban en la ciudad y en la Sierra... (77). El amor fué, ciertamente, el principal objetivo de su cámara literaria, y el escenario elegido para sus aventuras, nuestra Sierra y la Alcarria. De temperamento robusto y sanguíneo, lo pasional tenía que atraerle, pero sus retratos son sólo chispeantes, de «buen amor» y sana alegría, como el aire serrano, mezclada con un venticillo pagano clásico y provenzal anticipo del Renacimiento. Su tocayo «Azorín» se permite darle unos consejos paternales: «Querido Juan Ruiz, sosiega un poco. Has corrido mucho por campos y ciudades» (78).

También, al igual que su paisano Cervantes, fué un genio solitario, vigoroso y aislado entre los escritores de su tiempo. Quizás su único parangón pueda hallarse en otro satírico Arcipreste, el de Talavera, que abrió sus ojos al mundo cuando se acababa el siglo (1398), para escribir «El Corbacho». Su sátira fué la comedia humana del siglo XIV, pero calando tan hondo en la idiosincrasia permanente del pueblo madrileño, que se actualiza en el nuestro. Los excursionistas a la Sierra de hoy pueden perfectamente ver en Juan Ruiz su ilustre ascendiente e intérprete espiritual. Ni ellos ni ella lo han olvidado, y desde 1930 un sencillo y emotivo monumento de piedras rústicas recuerda la perenne presencia del Arcipreste en uno de los típicos rincones serranos.

* * *

El gótico podrá ser germánico o francés, pero su espíritu es indudable del Norte, como fué mediterráneo el del Renacimiento. Su clima fué la mística del segundo período de la Edad Media, clima de carácter supranacional, cuando Europa no estaba dividida por diferencias de religión ni casi de idiomas, conociendo todos el latín e integrándose en un magno imperio espiritual. El internacionalismo, al que ya nos hemos referido en este mismo artículo, hizo adaptable el gótico a todos los países, si bien sufriendo las especiales modalidades de toda adaptación. Así, en Italia nunca llegó a aclimatarse en su pureza de líneas, y en España tomó influencias árabes y mudéjares, produciendo un gótico nacional. Por eso, aunque con Fernando III las grandes catedrales góticas sustituyeron a las pequeñas románicas, el arco ojival al de medio punto, y aparecieron bóvedas de crucería y arbotantes, en lo decorativo y forma de construir, en muchos casos, el estilo mudéjar continuó aportando sus elementos ornamentales y de construcción (yeserías, ladrillo y madera), muy especialmente en el reino de Toledo, y, por tanto, en nuestra provincia, tan unida moral y materialmente a la ciudad imperial. Las tierras alcalaínas, señorío del Arzobispo de Toledo, y otras de la provincia llenáronse de edificaciones religiosas y militares, en las que alternaba la piedra con el ladrillo, la ojiva con el ajimez, las bóvedas de crucería con los techos de madera, sencillos o de rico artesonado. Precisamente esta predilección por el mudéjar es quizás una razón a la ausencia de bellas esculturas en las edificaciones religiosas de nuestra provincia en este período, el más exquisito, fino y elegante de la escultura gótica, tan rica en magníficos ejemplares en las iglesias del Norte de España.

Iglesias y castillos siguieron siendo las expresiones de arte, ya que el arte pictórico se hallaba en su prehistoria, en el momento anterior a la verdadera pintura», reducido a las miniaturas y a algún que otro fresco. En tal época empezaron a levantarse las iglesias de San Torcuato (Santorcaz), adosada al castillo; la de San Andrés (Villarejo

(76) En su obra no se olvida de citar a Alcalá y su río: «Quiero ir ver Alcalá, moraré ahí la feria». «Por amor desta dueña fiz trovos e cantares,—sembré avena loca ribera de Henares.» «Del río Henares venían los camarones.» Y Trotaconventos dice a la Mora: «Fija, mucho vos saludó uno que es de Alcalá».

(77) Menéndez Pelayo: «Antología de poetas líricos castellanos».

(78) Azorín: «Al margen de los clásicos».

de Salvanés), San Martín de Valdilecha, Santa María Magdalena (Torrelaguna), de la Asunción (Galapagar), San Andrés (Rascafría), San Juan (Buitrago), la del monasterio de Pelayos, la ermita de Nuestra Señora de la Antigua, en Carabanchel Bajo, etc., muchas de ellas con marcados rasgos mudéjares.

Las villas reforzaron sus defensas con murallas flanqueadas de torres, generalmente redondas, mas también cuadradas, cual las de Alcalá (79). Tormo fecha las murallas de Talamanca en el siglo XIII e comienzos del XIV. Madrid amplió su recinto, abarcando antiguos arrabales, y Alcalá hizo lo propio con el suyo. En el interior de las villas aparecen las primeras construcciones civiles dignas de admirar y perpetuarse, cual la Torre y casa señorial de los Luján, y algunos castillos empezaron a alhajarse por dentro con ricos decorados gótico-mudéjares, sin cambiar su hosco exterior (Buitrago), mientras otros seguían exclusivamente dedicados a su vida militar (Fuentidueña) o iniciaban otro destino (80). El antiguo castillo moro de Madrid comenzaba a transformarse en Alcázar, y Maestres y Arzobispos levantaban, respectivamente, los suyos en Aranjuez y Alcalá.

* * *

La etapa histórica que comentamos termina con dos figuras tan dispares como el Rey Pedro I y el Arzobispo Gil de Albornoz, que ocupó la Arquidiócesis de Toledo en 1339. Se hermanaban en su persona el valor, la prudencia y energía, una rara piedad y profunda doctrina. Sus dos magníficos éxitos los tuvo, sin embargo, fuera de España, en la Italia de Petrarca y Boccaccio, como restaurador del poder papal y fundador del Colegio de Bolonia. Sus antecedentes políticos (gran valimiento y protección por parte de Alfonso XI y Leonor de Guzmán), su recto carácter y fidelidad a las órdenes del papado, tenían que chocar y chocaron con el pensar y obrar de Pedro I. Las relaciones entre el nuevo Rey y el antiguo Arzobispo no fueron, empero, tan violentas como se cree, probablemente por haber sabido Albornoz retirarse a tiempo del avispero de España. Al morir Alfonso XI se hallaba en Aviñón, siendo designado Cardenal, al finalizar el año 1350, por el Papa Clemente VI. Prefirió el capelo cardinalicio a la mitra arzobispal, y ya no volvió sino cadáver a Toledo. En 7 de enero de 1351 ya no se titulaba Arzobispo, y en 4 de septiembre siguiente figura en la Archidiócesis don Gonzalo de Aguilar, cuyo paso por la silla toledana fué tan breve que muchos autores lo ignoran. El propio Monarca, en varias ocasiones difíciles de su reinado, llegó a reclamar, sin éxito, la presencia de Albornoz en Toledo. Inocencio VI contestaba siempre que su persona era más indispensable en Italia para el bien de la Iglesia. De haber regresado el Cardenal, es fácil suponer que su fin hubiera sido el de tantos otros personajes de la Corte del Rey Cruel. El Arzobispo sucesor de Gonzalo de Aguilar, don Vasco o Blasco, hubo de retirarse a Coimbra, y el siguiente, Gómez Manrique, se sostuvo algún tiempo por su política de doble juego, que le hacía anunciar en las Cortes que el monarca estaba casado con la Padilla con anterioridad a sus bodas con la princesa Blanca, mientras tramaba pasarse al bando del Trastámara. Pero el carácter de Albornoz no era el de un Gómez Manrique; precisamente la repudiación de la princesa, cuyo matrimonio había sido negociado por el propio hermano del Cardenal, don Alvaro García de Albornoz, fué la causa de ruptura definitiva, más allá de la muerte, entre él y Pedro I.

Albornoz murió en Viterbo. En su testamento no eligió Italia para el descanso eterno de su cuerpo mortal, sino Toledo, pero con un «ítem» muy propio de su carácter: «Cuando quiera que llegue a cesar la indignación que don Pedro u otro Rey de Castilla tiene contra los de mi raza, mis huesos sean llevados a la catedral de Toledo». Dos años después moría, a manos de su hermano bastardo, el Rey Pedro I de Castilla, y el cadáver del insigne Cardenal era traído a hombros desde Asís, a través de Alcalá, camino de Toledo.

ALFONSO QUINTANO RIPOLLES

(79) Algunos dicen son anteriores al Arzobispo Tenorio.

(80) El de Colmenar de Oreja es extendida opinión que fué transformado en iglesia en el siglo XIV o XV; ejemplo, su ábside de estrechos cubos típicos madrileños. Lo mismo debió ocurrirle al de Campo Real, cuyos cimientos sirvieron para levantar entre los siglos XII y XIII, la iglesia parroquial, que aún hoy se conoce con el significativo título de Nuestra Señora del Castillo.



Miniatura del «Libro de Montería», de Alfonso XI, representando la caza.



Ante la Meca del Toreo

A UN suele encontrarse algún viejo aficionado que se lamenta de la desaparición de la vieja Plaza de Toros madrileña, que fué denominada «de la carretera de Aragón». La verdad es que no se acaba de entender la añoranza. Supongo que cuando se decidiera demoler la anterior, situada en las cercanías de la Puerta de Alcalá, ocurriría otro tanto. Era muy bella, tan bella como lo es todavía la de Aranjuez, de idéntico porte. Discurriendo del mismo modo, también los que vieran desaparecer la inmediata anterior derramarían las mismas tópicas lágrimas sobre los tiempos pasados, inevitablemente mejores que el presente de cada instante. Y no digamos de la



1.º—Cartel de la Gran Corrida de Beneficencia, premiado por la excelentísima Diputación en el primer concurso organizado para realzar aún más la primera corrida del año. 2.º—Vista de la Plaza de las Ventas.





Manolete, figura señera en los anales de la tauromaquia, alcanzó sus mayores triunfos en la Plaza de Madrid. Esta obra escultórica, que reproduce la esbelta figura del «monstruo», es una de las bellas piezas que guarda el Museo Taurino de nuestra Plaza.

—No lo sé. Tal vez la Diputación poseía ya el solar.

—Tal vez; pero no fué por eso. Hubo una gran polémica sobre si la plaza había de construirse donde está o en los altos del Hipódromo, cerca del actual emplazamiento del Estadio de Chamartín.

—¡Qué lástima! ¿Y por qué no se prefirió este lugar? No sufriríamos los vendavales que tenemos que sufrir en las Ventas.

—Dicen que fué Joselito el que falló sobre el asunto, diciéndole a su gran amigo el arquitecto don José Esplandú que para ir a los toros había que pasar «necesariamente por la Puerta de Alcalá y por la estatua del Espartero».

Sea o no cierto, la anécdota es buena y quede aquí registrada por lo que pueda valer. Es reveladora del apego a la tradición de los aficionados. Joselito, gran partidario y propulsor de las plazas monumentales, reconocía la necesidad de construir una de éstas en Madrid y aceptaba el sacrificio de la aún no vieja de la carretera de Aragón, en tal de conservar siquiera el itinerario que él había recorrido tantas tardes. Era un camino que estaba hecho, que se había hecho al andar. Uno recuerda los versos de Antonio Machado:

*Caminante, no hay camino;
se hace camino al andar.*

Porque el camino puede estar trazado, pero no es camino entrañable, íntimo y familiar hasta que la gente lo consagra para ir a alguna parte. La calle de Alcalá, en ese tramo de Cibeles a la estatua del General Espartero, era el camino trillado por los aficionados desde hacía más de cincuenta años, y hasta la Puerta de Alcalá desde hacía más de un siglo que iban a ver a los Romero y a Pepillo.

Pero todo esto es demasiado viejo, aunque sea historia, para estos tiempos tan modernos, tan nuevos y flamantes como si los estrenáramos cada día, hasta el punto que la nueva plaza, con existencia lo bastante corta para considerarla nueva de verdad, les parece vieja a algunos. No sé qué querrán. Cemento, mucho cemento. Quizá nada de ladrillo. ¡Es tan tradicional! Para los asientos no se puede emplear el «pelouche», por eso de la lluvia, pero hay unos plásticos extraordinarios, a prueba de agua e incluso de nieve, que resultarían excepcionalmente cómodos y limpios. Con ellos serían innecesarios los servicios de almohadillas, tan malos... En fin, que no faltan quienes piensan que, de no construir una Plaza de Toros realmente moderna, a tono de «nuestro tiempo», que es éste, nos guste o no, podrían introducirse en la actual notables mejoras, dotándola de toldos, calefacción para comienzos y

amargura de aquellos aficionados que presenciaron las corridas regias que se celebraban en la plaza Mayor.

En cambio, aún no he escuchado a ningún madridista dolerse de la desaparición de su viejo estadio de Chamartín. Todos están tan satisfechos con el nuevo. Y hacen bien. Por mi parte, me siento feliz en la Plaza nueva, en la de las Ventas, y me sonrío cuando recuerdo las encendidas y apasionadas polémicas que suscitó el simple anuncio de la demolición de la vieja, cuya vida duró poco más de medio siglo. Reconocida la necesidad de una Plaza mayor, que diera cabida al creciente número de aficionados, sin perder, naturalmente, de vista los mayores ingresos que reportaría a beneficio del Hospital, la Diputación Provincial de Madrid, como propietaria, llevó el asunto a sus sesiones. Un Diputado, don Juan Aguilar, buen aficionado, sin duda, afecto a lo tradicional, enamorado tal vez de la bella arquitectura del desaparecido coso, de su emplazamiento, de su cómodo acceso y de su historia, propuso, tal vez pensando en el mal menor, que se ampliara el aforo, en parte con detrimento del ruedo, para aumentar en unas filas los tendidos, y en parte con detrimento de su armónica arquitectura, aumentándole un piso. Pero, por fortuna, aunque la propuesta tuvo sus partidarios, no prosperó. El proyecto de una nueva plaza, realizado por el arquitecto don José Esplandú, se consideró excelente. Creía yo que el lugar en que había de alzarse había sido, sin discusión, el que es; pero parece que no.

Hace poco, cuando con unos amigos me dirigía a la Plaza de las Ventas a presenciar uno de los primeros espectáculos de la temporada, un aficionado de los que saben todo cuanto hay que saber de toros, me preguntó al pasar junto a la estatua del General Espartero:

—¿A que no sabes por qué está situada la Plaza de las Ventas en el sitio que está?

finales de temporada y otras comodidades y adelantos, sin merma de lo castizo.

La verdad, sin embargo, fuerza a proclamar que la Plaza de Toros de las Ventas es la mejor del mundo, aventajándola en capacidad sólo dos. La belleza de su arquitectura es magnífica y excelente la distribución en el interior de todas las necesarias dependencias, sin que en justicia puedan hacerse reparos de importancia. Por si algo le faltaba tiene, desde hace pocos años, un Museo Taurino, debido a la iniciativa de actual Presidente de la Diputación, Marqués de la Valdavia, en el que se van acumulando piezas del mayor interés, convirtiéndolo en obligado lugar de visita de curiosos y buenos aficionados. Y ni qué decir tiene de turistas.

Históricamente ha cobrado ya categoría, pues no en vano es la Plaza de Madrid, en la que toreó «Manolete», figura señera en los anales de la Tauromaquia.

Otro aspecto de singular importancia debe destacarse: su recobrado prestigio de primera plaza del mundo. Conocidas son las dificultades que hasta hace unos años tropezaba la Empresa para traer a su coso a las figuras del toreo, y no están muy lejanos aún los tiempos en que, con excepción de las corridas benéficas, sólo se montaban car-

teles modestos y abundantes novilladas, también modestas en su mayor parte. A los requerimientos de los arrendatarios, el Marqués de la Valdavia, en nombre de la Diputación que preside, apoyó resueltamente la medida que impide a los diestros actuar en corridas benéficas si antes no actuaron con la Empresa.

Al recobro de aquel prestigio ha contribuido también de modo eficazísimo la sustitución del antiguo abono por la actual Feria de San Isidro, cuya organización sólo ha sido posible con la mencionada medida.

En fin, una de las cosas que más se discutieron cuando comenzaron las obras fué la fealdad del lugar. Indudablemente lo era entonces, ¿pero puede decirse otro tanto en la actualidad? Por un lado, la calle de Alcalá se embellece cada día con modernos edificios que ya llegan a la mismísima «puerta grande», y por otro, la avenida de los Toreros, que la circunda en parte con sencillas y elegantes construcciones. El acierto con que se han realizado los desmontes, cercando de verdura una gran parte del coso, escalinatas y jardincillos, realzan y embellecen la arquitectura de la Meca del Touro.

JULIO FUERTES



Los Jefes del Estado español y portugués asistieron a la corrida extraordinaria organizada en honor del General Higinio Francisco Claveiro Lopes. El público, que llenaba la Plaza, aplaudió con gran entusiasmo al Caudillo y al Presidente de la República de Portugal. En esta foto se recoge el momento en que son recibidos por el Marqués de la Valdavia, Presidente de la Diputación Provincial de Madrid, propietaria de la Plaza, y es un testimonio más de la importancia de la primera Plaza del mundo, visitada repetidamente por ilustres personalidades.



En este grabado se refleja uno de los hechos más trascendentales de la vida santa, de la humilde labradora de Caraquiz, María Toribia: nada menos que su paso milagroso del Jarama, ercuido ante su esposo Isidro, destruyendo con este acto sobrenatural la calumnia vertida sobre la honestidad de la Santa. El esposo, oculto en la orilla, la vió pasar las aguas del río madrileño.

ENTRE los campos casi arrasados por las nieves y las heladas con que el invierno ha castigado al rojizo suelo que se extiende entre Torrelaguna y el Jarama, hay un camino, casi recto, que todavía hoy los del lugar llaman de Santa María, y que va desde la Villa hasta las tristes ruinas de una ermita abandonada.

Yo he recorrido paso a paso ese camino en una tarde, casi de verano en la incipiente primavera, bajo un sol que quemaba desde el cielo diáfano y azul, en el que las cigüeñas, que viven en el nido de la espadaña del viejo y ruinoso convento cisteriano de la Madre de Dios, ponían sus estrechas y estilizadas sombras, y, al recorrerlo, he sentido una honda impresión, no por el hecho de que las pisadas del caminar pudieran coincidir con las innumerables huellas que los pies de Santa María de la Cabeza dejaron en aquel camino, tantas veces transitado por ella, que las huellas físicas de sus pasos, como cosa material, desaparecieron ya hace casi ochocientos años, sino porque en el sendero ha quedado evidente una estela, un aura mística que se adentra profundamente en el espíritu.

El camino discurre por los llanos y, en suave pendiente, se eleva hasta lo alto de una larga colina, por cuya cima, desde hace cien años, y como una gran espina dorsal de piedra, corre el canal de Bravo Murillo, cerrando a la vista el horizonte oriental de aquellas tierras.

Traspuesta la cumbre, y en la vertiente opuesta de la colina, hay un pequeño encinar que, entre los claros que dejan sus escasos árboles, permite ver, allá abajo y en el vértice de una pequeña elevación del terreno, los ruinosos muros de una construcción que, por el campanil que los corona, se adivina debió de ser santuario o ermita.

Aun sin conocer la historia de aquellas viejas piedras, entristece el ánimo la vista de su ruina, y más aún si se sabe que ayer fueron testigo y hoy son olvidada reliquia de una serie de hechos milagrosos y sorprendentes que sirvieron para elevar a los altares a su protagonista, María Toribia de Caraquiz, venerada desde hace siglos con el nombre de Santa María de la Cabeza, la que fué excepcional cuidadora y camarera de la Virgen de la Piedad que allí se adoraba.

La imagen de la Virgen de la Piedad, hoy desaparecida, se dice que fué traída a España por uno de los discípulos de Santiago, que la dejó en aquel lugar después de evangelizar la región, y se sabe que desde tiempo inmemorial era venerada en la antiquísima ermita de la ribera del Jarama, que gozó de un sinnúmero de especiales privilegios concedidos, sobre todo, por los Papas Sixto IV y Alejandro VI.

Muerta María Toribia, y por expresa disposición testamentaria de la misma, su cuerpo fué enterrado en baja y humilde sepultura en el interior

de la ermita y a los pies de la Virgen de la Piedad. Cuarenta años más tarde, con el culto a San Isidro, su devoción se extendió a su santa esposa, y los fieles determinaron elevar sus restos a más decente sitio, pero siempre en el recinto de la ermita, demostrando con esto un profundo respeto hacia la última voluntad de la muerta.

El Rey Alfonso el Bueno, que luego pasó a la Historia con el sobrenombre de «el Sabio», que ya había honrado en Madrid a San Isidro con una buena capilla, mandó construir, para este objeto, un honorífico sepulcro de mármol y buena pizarra, en el que fué puesto el cuerpo de María Toribia, al tiempo que su cabeza era colocada en el altar a los pies de la Virgen.

Son sobradamente conocidos los milagros que, a partir de ese momento, y en serie no interrumpida, fueron avivando cada vez más y más la devoción de los campesinos por la Santa labradora. Especialmente, su sagrada cabeza, fué objeto de gran veneración, y en las pestes, en las sequías y en otras calamidades públicas, llevaban procesionalmente la reliquia desde la ermita del Jarama a la iglesia de Torrelaguna y a aquellos otros lugares necesitados de remedio, el cual jamás faltó a los pueblos más atribulados y en la forma que más convenía.

De esta manera, y mucho antes de que el Papa Inocencio XII, en los comienzos del siglo XVII, la colocase entre las santas, la mujer de San Isidro, la humilde labradora de Caraquiz, era reverenciada por el pueblo, por los reyes y por las más elevadas dignidades de la Iglesia. Y llegó a ser tan grande esta veneración, que a la imagen de la Virgen que, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Piedad, se adoraba en la ermita de las orillas del Jarama, vino a dársele el título de Nuestra Señora de la Cabeza, por estar depositada en su altar la de la Santa labradora.

Pero las muchedumbres, si bien son impresionables, son también olvidadizas, y a la explosión de devoción profesada por los pueblos de la ribera del Jarama a la mujer de San Isidro, siguió un lamentable olvido de cuatrocientos años, que estuvo a punto de borrar para siempre la memoria del lugar donde reposaba su cuerpo, excepto la cabeza, que seguía en el altar a los pies de la Virgen, ya que la acción demoledora del tiempo y la multitud de manos por las que en su transcurso pasó la ermita (Templarios, Franciscanos claustrales, Dominicos y Religiosos Observantes), así como las reformas y obras que ésta debió sufrir, contribuyeron al olvido de los hombres sobre el sitio en que Alfonso el Sabio hizo construir el sepulcro y, por tanto, del lugar en que pudieran encontrarse los restos de Santa María de la Cabeza.

Al iniciarse, a fines del siglo XVI, las gestiones para conseguir la canonización de San Isidro Labrador, volvieron a la memoria de las gentes los méritos y virtudes de su esposa, y, con ello, el deseo de reparar el olvido, reparación que no hubiera podido llevarse a cabo a no haber sido por la serie de hechos milagrosos acaecidos y que no son del caso en este momento.

Encontradas, por fin, las reliquias de Santa María de la Cabeza, fué tal el aumento del culto tributado por los pueblos de la ribera del Jarama, y que también se extendió a Madrid, que el Rey Felipe III se propuso dar gran impulso a las diligencias previas para su beatificación, para lo cual, los restos encontrados en el enterramiento de la ermita, fueron entregados jurídicamente a los Monjes claustrales de San Francisco, del

monasterio de la Madre de Dios, excepto la cabeza, que quedó en la ermita, donde siguió gozando de la devoción y culto de los fieles durante casi veinte años, hasta que, por orden del Nuncio, fué también trasladada al convento franciscano e incorporada a las demás reliquias.

La muerte del Papa Paulo V y la del Rey Felipe III, ocurridas en el mismo año de 1622, retardó la causa más tiempo del que quisiera la impaciencia de los devotos de la Santa, hasta que en las Cortes de Castilla y León, que celebró Felipe IV al año siguiente, se mandaron dar mil ducados para su continuación, y el sucesor del Papa fallecido, el Pontífice Gregorio XV, a instancias de la villa de Madrid, concedió bula de culto público a la Santa labradora en el último año de su reinado.

Al extenderse la devoción por la Santa a la Corte católica, propuso la villa de Madrid a los religiosos del convento de la Madre de Dios le fueran cedidos los sagrados restos, por razones y motivos más eficazmente conducentes a la consecución de sus buenos deseos. Los religiosos, considerando que no era prudente resistir al poderoso empeño de tan altas presiones y de tan repetidas instancias, condescendieron, al fin, confiando en su religiosidad, en que esta nueva traslación sería motivo de nuevo impulso para el mayor culto de la sierva de Dios.

Y sucedió que un día (así lo cuenta textualmente Fray Nicolás Joseph de la Cruz) «pasaron dos Regidores de Madrid en un coche a Tordelaguna (que así se llamó la Villa hasta mediados del siglo pasado), y el R. P. Paredes, guardián entonces de aquel convento, les entregó la urna con todos los huesos y reliquias de la bienaven-



Estado actual de la ermita en que reposaron los restos de la Santa madrileña, hoy totalmente derruida y que se tiene el propósito de reconstruir.

EL MOTIN DE TORRELAGUNA